

me, que es, en la vida limitada y finible, el tiempo de lo eterno.

Si el tiempo futuro se penetra así de vida, el pasado no es tampoco el tiempo yerto que la memoria guarda, sino el recuerdo donde conviven la memoria y el olvido. Yo he dicho alguna vez que acaso lo mejor de nuestra alma no sea desde luego la memoria, pero ni la inteligencia ni la voluntad, sino la capacidad de olvido que borra generosamente de nosotros tantas cosas que no deben guardarse. Incapaces, por fortuna, de recordar todo el pasado, la memoria guarda lo que puede y el olvido borra lo demás. Y así, los recuerdos perviven llenos de dulzura, si no les pide uno que se mantengan vívidos, si no pretende uno recordarlos con detalle, ni — al revés que tantas gentes que quisieran que sus viejos amigos sean cuales fueron en tiempos juveniles — volverlos a vivir.

Sin contar el tiempo cronológico, junto al imperceptible tiempo de la Humanidad y al tiempo impalpable del propio Destino, el hombre maneja otra íntima medida del tiempo: el ritmo, que acaso no es, en definitiva, sino la raíz, entrañada en el cuerpo, del tiempo vivido. En la degradación del ritmo, lo elemental no es siquiera el ritmo que el oído capta, si no el que elabora nuestro propio cuerpo con los latidos de su corazón, sus movimientos pulmonares, y, sobre todo, con la marcha, pues cada uno de sus pasos produce apenas iniciado un sentimiento de expectación tensa — como un dolor — y al final un sentimiento de expectación satisfecha — placentero — que atan al cuer-

